

los bosques; pero, con gran admiración suya, se halló en medio de una iluminación solitaria; cada árbol presentaba un candil. La ribera del mar y la Corniche se hallaban iluminadas del mismo modo; los buques vieron desde lejos aquellos faros que el respeto, el cariño y la piedad encendían por el naufragio de un sacerdote cautivo. ¿Volvió de esta manera Napoleón de Moscov? ¿Iba precedido del boletín de sus buenas obras y de las bendiciones de los pueblos?

Durante aquel largo viaje tuvo lugar la victoria de Wagram, y se decidió el matrimonio de Napoleón con María Luisa. Trece de los cardenales enviados á París fueron desterrados, y la consulta romana firmada por la Francia insistió de nuevo sobre la reunión de la Santa Sede al imperio.

El papa, detenido en Savona fatigado y hostigado por las hechuras de Napoleón, dió un breve, de que fue el principal autor el cardenal Roverella, y que permitía enviar las bulas de confirmación á algunos de los obispos nombrados. No había contado el emperador con tanta complacencia; pero desechó el breve, porque aceptándolo hubiérasele sido preciso poner en libertad al soberano pontífice. En un exceso de cólera había mandado que los cardenales desafectos dejasen la púrpura, y algunos de ellos fueron encerrados en Vincennes.

El prefecto de Niza escribió á Pio VII que le estaba prohibido tener relaciones con ninguna iglesia del imperio bajo pena de desobediencia; que él, Pio VII, había cesado de ser el órgano de la Iglesia por predicar la rebelión, y porque *su alma era toda de hiel*; que puesto que no había medio de hacerle razonable, vería cómo S. M. tenía poder bastante para destituir á un papa.

¿Era el vencedor de Marengo quien había dictado la minuta de semejante carta?

En fin, después de tres años de cautividad en Savona, el papa fue enviado á Francia el 9 de junio de 1812. Se le mandó que mudase de traje: marchando hácia Turin llegó al hospicio del Monte Cenís, en medio de la noche. Allí, próximo á espirar, recibió la Extrema-unción. No se le permitió estar allí sino el tiempo preciso para la administración del último sacramento: no quisieron que habitara cerca del cielo. Sus labios no exhalaban una queja, renovando el ejemplo de mansedumbre del mártir de Verceil. Al pie de la montaña, viendo caer el broche de la capilla del verdugo, dijo aquel hombre:—Hé aquí un broche de oro que te se acaba de caer; recógelo, y no vayas á perder lo que has ganado con tanto trabajo.»

Mientras duró la travesía de la Francia, no le fue permitido á Pio VII bajar del carruaje. Si tomaba algún alimento era dentro de él, y en las paradas le encerraban en las cocheras de la casa de postas. El 20 de junio por la mañana llegó á Fontainebleau: tres días después atravesaba el Niemen Bonaparte para empezar su expiación. El conserje se negaba á admitir al cautivo por no tener aun orden para ello; pero llegada que fue esta orden, entró el papa en la prisión: allí entró con él la justicia del cielo: sobre la misma mesa en que Pio VII apoyaba su mano desfallecida, firmó después su abdicación Bonaparte.

Si la injusta invasión de España sublevó contra Napoleón al mundo político, la ingrata usurpación de Roma le enemistó con el mundo moral: sin provecho ninguno se hizo enemigos á los pueblos y á los altares, al mundo y á Dios. Entre los dos precipicios que había abierto á las dos orillas de su vida, marchó por una estrecha calzada á buscar su destrucción al fondo de la Europa, como sobre el puente que la muerte, ayudada del mal, arrojó sobre el caos.

Pio VII no es una persona extraña á estas *Memoorias*: es el primer soberano con quien tuve que tratar en mi carrera política, empezada é interrumpida súbitamente durante el Consulado. Aun le estoy viendo

recibiéndome en el Vaticano con *El Genio del Cristianismo* abierto sobre la mesa, y en la misma estancia en que he sido admitido á los pies de Leon XII y de Pio VIII. Me complazco en recordar lo que ha sufrido: los dolores que bendijo en Roma en 1803 pagarán á los suyos con mi recuerdo una deuda de reconocimiento.

QUINTA COALICION.—TOMA DE VIENA.—BATALLA DE ESSLING.—BATALLA DE WAGRAM.—TRATADO DE PAZ FIRMADO EN EL PALACIO DEL EMPERADOR DE AUSTRIA.—DIVORCIO.—NAPOLEON SE CASA CON MARÍA LUISA.—NACIMIENTO DEL REY DE ROMA.

El 9 de abril de 1809 se formó la quinta coalición entre la Inglaterra, el Austria y la España, apoyada sordamente por el descontento de los demás soberanos. Los austriacos, quejándose de la infracción de los tratados, pasan precipitadamente el Inn en Braunau: hábiaseles echado en cara su lentitud, y quisieron hacerse Napoleones; pero este modo de operar no les sentaba bien. Bonaparte, creyéndose dichoso por abandonar la España, corrió á Babiera y se puso á la cabeza de los bávaros sin esperar á los franceses: cualquier soldado era bueno para él.

Derrota en Abensberg al archiduque Luis; en Eckmühl al archiduque Carlos; ábrese camino por entre el ejército austriaco, y efectúa el paso del Salza.

Entra en Viena: el 21 y 22 de mayo presencia las terribles jornadas de Essling. El parte del archiduque Carlos dice que en el primer día doscientos ochenta y ocho piezas de artillería austriacas tiraron cincuenta y un mil cañonazos, y que en el día siguiente maniobraron mas de cuatrocientas de una y otra parte. Allí fue herido mortalmente el mariscal Lannes: Bonaparte le dijo algunas palabras, y le olvidó después; la amistad de los hombres se enfria tan pronto como la bala que los hiere.

La batalla de Wagram reasume los diferentes encuentros habidos en Alemania. Bonaparte despliega en ella todo su genio. El coronel César de La Ville, encargado de ir á reparar un destrozo del ala izquierda, le halló en el ala derecha dirigiendo el ataque del mariscal Davoust. Napoleón volvió inmediatamente al lado opuesto, y repara el descalabro sufrido por Massena. Entonces, y en el momento en que se creía perdida la batalla, fue cuando, apreciando él solo las maniobras del enemigo, exclama:—Se ha ganado la batalla!» Oponer su voluntad á la victoria vacilante, y la lleva al combate como César llevaba asidos por las barbas á sus asombrados veteranos. Novecientas bocas de bronce despiden llamas; la llanura y las mieses arden por todas partes; desaparecen los pueblos; la acción dura doce horas. En una sola carga, Lauriston marcha al trote hácia el enemigo, al frente de cien piezas de artillería. Cuatro días después se recogían de en medio de los sembrados á los militares que habían acabado de morir abrasados por los rayos del sol, sobre las espigas pisoteadas, tendidas y pegadas entre sí con la sangre; los gusanos se habían ya apoderado de las heridas de los cadáveres primeros.

En mi juventud era costumbre el leer los comentarios de Folard y de Quischart, de Tempelhof y de Lloyd; estudiábase el orden profundo, el orden en pequeño, y mil veces he hecho maniobrar, sobre mi mesa de subteniente, pequeños pedacitos de madera. La ciencia militar ha cambiado como todo lo demás, con la revolución; Bonaparte ha sido el inventor de la gran guerra, cuya idea le habían sugerido las conquistadas de la república. Despreció las plazas fuertes, y se aventuró en los países invadidos ganando batallas repentinamente. No se ocupaba de las retiradas; marchaba siempre derecho, como esas vías romanas que pasan sin desviarse sobre los precipicios y las montañas. Dirigía todas sus fuerzas á un solo punto; después

reunía al semicírculo los cuerpos aislados, cuya línea había roto. Esta maniobra, que le pertenecía, hallábase en consonancia con la *furia francesa*; pero no hubiera tenido buen éxito con soldados menos impetuosos y menos ágiles. Hácia el final de su carrera hacia cargar la artillería y tomar los reductos á la caballería. ¿Qué resultó de esto? Conduciendo á la Francia á la guerra, se enseñó á la Europa á marchar; no se trató ya mas que de multiplicar los medios. Las masas han equiparado las masas. En vez de cien mil hombres, se han empleado seiscientos mil; en vez de cien piezas de artillería, se han presentado quinientas: la ciencia no ha avanzado; la escala es la que únicamente se ha ensanchado. Turena sabía tanto como Bonaparte en este punto; pero no era dueño absoluto, y no podía disponer de cuarenta millones de hombres. Tardó temprano, será menester reducirse á la guerra civilizada, que deja á los pueblos tranquilos, en tanto que un pequeño número de soldados cumple con su deber; será menester volver á la táctica de las retiradas, á la defensa de un país por medio de plazas fuertes, á las maniobras que solo cuestan tiempo y que ahorran sangre. Estas colosales batallas de Napoleón se hallan fuera del alcance de la gloria; la vista no puede abrazar esos campos de sangre, que no producen en resumen ningún resultado proporcionado á sus catástrofes. La Europa, á no ser que sobrevengan acontecimientos imprevistos, está cansada para mucho tiempo de combates. Napoleón ha muerto la guerra exagerándola: nuestra guerra de Africa no es mas que una escuela experimental abierta para nuestros soldados.

En medio de los muertos, sobre el campo de batalla de Wagram, Napoleón dió á conocer la impasibilidad que le era peculiar, y que afectaba con el fin de parecer diferente de los demás hombres, diciendo con frialdad, ó mejor dicho, repitiendo sus palabras obligadas en tales circunstancias:—«¡Hé aquí una gran consumación!»

Cuando le recomendaban á los oficiales heridos, respondía:—«Están ausentes.» Si la virtud militar enseña algunas virtudes, también destruye muchas: el soldado demasiado humano no podría cumplir su misión; la vista de la sangre y de las lágrimas, las desgracias, los gritos del dolor deteniéndole á cada momento, destruirían en él lo que constituye á los Césares, raza que, á pesar de todo, no sería muy echada de menos.

Después de la batalla de Wagram se firmó un armisticio en Znaim. Los austriacos, por mas que digan nuestros partes, se retiraron en buen orden, y sin dejar tras sí un solo cañón servible. Bonaparte, dueño de Schenbrunn, trabajaba en asegurar la paz. «El 13 de octubre, dice el duque de Cadore, vine yo de Viena para trabajar con el emperador. Después de algunos momentos de conversacion, me dijo:—«Voy á pasar revista; esperadme en mi gabinete, y redactaréis entre tanto las proposiciones.» Yo permanecí allí con Mr. de Menneval, su secretario íntimo: pero al poco rato volvió.—«El príncipe de Lichtenstein, me dijo Napoleón, ¿no os ha dicho que muchas veces le habían hecho proposiciones para asesinarle?—Sí, señor, y me ha manifestado el horror con que había rechazado estas proposiciones.—Pues bien, ahora acaban de hacer una tentativa: seguidme.» Entré con él en el salon. Había en él algunas personas que parecían muy agitadas, y que rodeaban á un joven de unos diez y ocho á veinte años, de una fisonomía agradable y dulce, que anunciaba una especie de candor, y que era el único que entre todos conservaba una perfecta tranquilidad. Aquel era el asesino. Fue interrogado con mucha afabilidad por Napoleón, sirviéndole de intérprete el general Rapp. Solo citaré algunas de sus respuestas, que fueron las que mas me admiraron.

—«¿Por qué me queríais asesinar?—Porque no

habrá paz en Alemania en tanto que vivais.—¿Quién os ha inspirado este proyecto!—El amor á mi país.—¿No obrabais de acuerdo con nadie?—Sí; con mi conciencia.—¿No sabíais los peligros á que os exponíais?—Sí lo sabía; pero me considero dichoso en morir por mi país.—Vos teneis principios religiosos; ¿creéis que Dios autorice el asesinato?—Espero que Dios me perdonará, atendiendo á mis intenciones.—¿Se enseña por ventura esa doctrina en las escuelas á que habeis asistido?—Una gran parte de los que las han cursado conmigo se hallan animados de los mismos sentimientos, y dispuestos á sacrificar su vida por la salvación de la patria.—¿Qué haríais si os pudiese en libertad?—Os mataría.»

«La terrible sencillez de esta respuesta, la fria é inmutable resolución que anunciaban, y ese fanatismo tan fuera del alcance de todo temor humano, hicieron en Bonaparte una impresión, que creí tanto mas profunda, cuanto que manifestaba mayor sangre fria. Hizo retirar á todo el mundo, y quedé solo con él. Después de algunas reflexiones sobre aquel fanatismo tan ciego, me dijo:—«Es menester hacer la paz.» Esta narración del duque de Cadore merecía bien el ser citada entera.

Las naciones empezaban á hacer su leva, y anunciaban á Bonaparte un enemigo mas poderoso que los reyes; la resolución de un solo hombre del pueblo salvaba entonces al Austria. Sin embargo, la fortuna de Napoleón no quería volverle aun la cabeza. El 14 de agosto de 1809 en el mismo palacio del emperador de Austria, se firmó la paz; esta vez la hija de los Césares es la palma conquistada; pero Josefina había sido consagrada, y María Luisa no: con su primera esposa pareció alejarse del vencedor la virtud de la unción divina. Hubiera podido ser testigo en Nuestra Señora de París de la misma ceremonia que había visto en la catedral de Reims; las mismas personas figuraban en ella, excepto Napoleón.

Uno de los actores secretos que tuvo la mayor parte en la conduccion interior de este negocio, fue mi amigo Alejandro Laborde, herido en las filas de los emigrados y condecorado con la cruz de María Teresa en premio de sus heridas.

El 11 de marzo el príncipe de Neuchatel casó en Viena por poderes con la archiduquesa María Luisa. Esta salió para Francia acompañada de la princesa Murat: María Luisa iba adornada por el camino con el emblema de la soberanía. Llegó á Strasburgo el 22 de marzo, y el 28 al palacio de Compiègne. El matrimonio civil se celebró en Saint-Cloud el 4.º de abril. El día 2 el cardenal Fesch dió en el Louvre la bendición nupcial á los esposos. Bonaparte enseñó á esta segunda esposa á serle infiel, como lo había sido la primera, defraudando él mismo su propio lecho por su intimidad con María Luisa antes de la celebración del matrimonio religioso: desprecio de la magestad de las costumbres reales y de las leyes divinas, que eran un mal presagio.

Todo parecía concluido: Bonaparte obtuvo la única cosa que le faltaba: semejante á Felipe Augusto, aliándose con Isabel de Hainaut, confunde la última estirpe con la *raza de los grandes reyes*: el pasado se reúne al porvenir. Tanto en el pasado como en el porvenir es ya el dueño de los siglos, si quiere, por fin, fijarse en la cima; pero él tiene el poder de detener el mundo; mas no el de detenerse; marchará hasta conquistar la última corona que da valor á todas las demás: la corona de la desgracia.

La archiduquesa María Luisa dió á luz un niño el 20 de marzo de 1811; sancion supuesta de las felicidades precedentes. De este hijo, nacido como las aves del polo, al sol de la media noche, no quedará mas que un wals triste, compuesto por él mismo en Schenbrunn, y tocado por los músicos de las calles de París en los alrededores del palacio de su padre.



PROYECTOS Y PREPARATIVOS DE LA GUERRA DE RUSIA.—  
APUROS DE NAPOLEON.

Bonaparte no veía ya enemigos; no sabiendo dónde tomar imperios, á falta de otro mejor había tomado el reino de Holanda á su hermano. Pero una enemistad secreta, que se remontaba á la época de la muerte del duque de Enghien, había quedado en lo profundo del corazón de Napoleón contra Alejandro. Una rivalidad de potencia le animaba, y sabía lo que la Rusia podía hacer, y á qué precio había comprado las victorias de Friedland y de Eylau. Las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, suspensiones de armas forzadas, una paz que el carácter de Bonaparte no podía soportar, declaraciones de amistad, apretones de manos, abrazos, proyectos fantásticos de conquistas comunes, todo esto no era más que aplazamientos de odio. Quedaba sobre el continente un país y capitales donde Napoleón no había entrado, un imperio en pie enfrente del imperio francés, y los dos colosos debían medirse. A fuerza de extender la Francia, Bonaparte se había encontrado con los rusos, como Trajano pasando el Danubio se había encontrado con los godos.

Una calma natural, sostenida por una piedad sincera desde que había vuelto á la religión, inclinaba á Alejandro á la paz, y jamás la hubiera roto á no haber ido á buscarlo. Todo el año 1811 se pasó en preparativos. La Rusia invitaba al Austria domada y á la Prusia á que se reunieran con ella en caso de ser atacada, y la Inglaterra llegaba con su bolsa. El ejemplo de los españoles había excitado las simpatías de los pueblos, y ya comenzaba á formarse el lazo de la virtud (Tugendbund), que oprimía poco á poco á la joven Alemania.

Bonaparte negociaba, hacía promesas y dejaba esperar al rey de Prusia la posesión de las provincias rusas alemanas: el rey de Sajonia y el Austria esperaban obtener engrandecimientos en lo que aun restaba de la Polonia; algunos príncipes de la Confederación del Rin soñaban en cambios de territorio á su conveniencia, y no había ningún país á quien Napoleón no pensase ensanchar, aun á la Francia misma, que ya se desbordaba sobre la Europa, pues pretendía aumentarla nominalmente con la España. El general Sebastiani le dijo: —«¿Y vuestro hermano?» Napoleón replicó: —«¿Qué importa mi hermano? ¿Se da acaso un reino como la España?» El amo disponía por esta palabra del reino que tantas desgracias y sacrificios había costado á Luis XIV; pero no lo conservó mucho tiempo. En cuanto á los pueblos, jamás un hombre ha tenido cuenta con ellos ni los ha despreciado más que Bonaparte, él arrojaba trozos de ellos á la jauría de reyes que conducía á caza con el látigo en la mano: —«Atila, dice Jornandés, llevaba consigo una multitud de príncipes tributarios, que esperaban con temor y temblando un signo del amo de los monarcas para ejecutar lo que les fuese ordenado.»

Antes de marchar á Rusia con sus aliados, el Austria y la Prusia, con la Confederación del Rin, compuesta de reyes y de príncipes, Napoleón había querido asegurar sus dos flancos que tocaban en las dos orillas de la Europa; negociaba dos tratados; uno en el Mediodía con Constantinopla, y otro en el Norte con Stockolmo. Estos tratados salieron fallidos.

Napoleón, en la época de su consulado, había reanudado inteligencias con la Puerta: Selim y Bonaparte habían cambiado sus retratos y seguían una correspondencia misteriosa. Napoleón escribía á su compadre con fecha de Ostende de 3 de abril de 1807: «Tú te has mostrado el digno descendiente de los Selim y de los Soliman. Confíame todas tus necesidades, pues soy bastante poderoso y bastante interesado

en tu ventura, tanto por amistad como por política, para no tener nada que negarte.» Encantadora efusión de dos sultanes charlando pica á pica, como hubiera dicho Saint-Simon.

Selim destruido, Napoleón vuelve al sistema ruso, y piensa en dividir la Turquía con Alejandro; y luego trastornado por un nuevo cataclismo de ideas, se determinó á la invasión del imperio moscovita. Pero hasta el 21 de marzo de 1812 no pidió á Mahamud su alianza, exigiendo repentinamente de él cien mil turcos á orillas del Danubio: por este ejército ofreció á la Puerta la Valaquia y la Moldavia; pero los rusos se le habían adelantado: su tratado estaba á punto de concluirse, y fue firmado el 8 de mayo de 1812.

Los sucesos engañaron igualmente en el Norte á Napoleón. Los suecos habrían podido invadir la Finlandia, como los turcos amenazar la Crimea; por esta combinación, teniendo la Rusia dos guerras en sus brazos, se habría visto en la imposibilidad de reunir sus fuerzas contra la Francia; esto era la política en una vasta escala. Encerrándose Stockolmo en una política nacional, se arregló con San Petersburgo.

Después de haber perdido en 1807 la Pomerania invadida por los franceses, y en 1808 la Finlandia invadida por la Rusia, Gustavo IV había sido depuesto. Gustavo, leal y loco, ha aumentado el número de los reyes errantes sobre la tierra, y yo mismo le he dado una carta de recomendación para los padres de la Tierra-Santa; en la tumba de Jesucristo es donde uno debe consolarse. El tío de Gustavo fue puesto en el lugar de su sobrino destronado. Habiendo mandado Bernadotte el cuerpo de ejército francés en Pomerania, se había atraído la estimación de los suecos que pusieron los ojos en él. Bernadotte fue elegido para llenar el vacío que dejaba el príncipe de Holstein Augustenbourg, príncipe heredero de Suecia nuevamente elegido y muerto Napoleón vió con disgusto la elección de su antiguo compañero.

La enemistad de Bonaparte y de Bernadotte era antigua: Bernadotte se había opuesto al 18 brumario, y en seguida contribuyó, por conversaciones animadas y por el ascendiente que ejercía en los ánimos, á aquellas indisposiciones que llevaron á Moreau ante un tribunal de justicia. Bonaparte se vengó á su manera. Después del juicio de Moreau, regaló á Bernadotte una casa, calle de Anjou, despojo del general condenado: por una debilidad entonces demasiado común, el cuñado de José Bonaparte no se atrevió á rehusar esta munificencia poco honrosa. Grosbois fue dado á Berthier. Habiendo puesto la fortuna el cetro de Carlos XII en las manos de un compatriota de Enrique IV, Carlos Juan se negó á la ambición de Napoleón, y pensó que le era más seguro tener por aliado á Alejandro, su vecino, que á Napoleón, su enemigo lejano; se declaró neutral; aconsejó la paz, y se propuso por mediador entre la Rusia y la Francia.

Bonaparte entra en cólera, y exclama: —«El, el miserable, me da consejos, quiere imponerme la ley, un hombre que todo lo tiene de mi bondad; qué ingrátud! ¡Pero yo sabré obligarle á seguir mi impulso soberano!» Consiguiente á estas violencias, Bernadotte firmó el 24 de marzo de 1812 el tratado de San Petersburgo.

No pregunteis con qué derecho Bonaparte trataba á Bernadotte de miserable, olvidando que él mismo no salía, ni de una fuente más elevada, ni de un origen diverso, la revolución y la armas. Este lenguaje insultante no anunciaba, ni la altura hereditaria del rango, ni la grandeza de alma. Bernadotte no era ingrato, pues nada debía á la bondad de Bonaparte.

El emperador se había transformado en un monarca de antigua raza, que todo se lo atribuye, que no habla más que de sí, y que cree recompensar ó castigar diciendo que está satisfecho ó descontento. Muchos

siglos pasados bajo la corona ni una larga continuación de sepulcros en Saint-Denis, no excusarian siquiera estas arrogancias.

La fortuna trajo de los Estados-Unidos y del Norte de Europa á dos generales franceses sobre el mismo campo de batalla, para hacer la guerra á un hombre contra el cual se habían primero reunido y luego separado. Soldado ó rey, nadie pensaba entonces que hubiese crimen en querer derrocar al opresor de las libertades. Bernadotte triunfó; Moreau sucumbió. Los hombres que desaparecen jóvenes, son vigorosos viajeros que hacen pronto un camino, que hombres más débiles acaban á pasos lentos.

EL EMPERADOR EMPRENDE LA EXPEDICION DE RUSIA.—OBJECIONES.—FALTA DE NAPOLEON.

No fue por falta de advertencias por lo que Bonaparte se obstinó en la guerra de Rusia: el duque de Frioul, el conde de Segur, el duque de Vicence, que fueron consultados, opusieron á esta empresa una multitud de objeciones. —«Apoderándose del continente, y aun de los estados de la familia de un aliado, decía valerosamente el último (*Historia del grande ejército*), no debe acusarse á este aliado de faltar al sistema continental. Cuando los ejércitos franceses cubrían la Europa, ¿cómo criticar á los rusos su ejército? ¿Sería preciso lanzarse más allá de todos esos pueblos de Alemania, cuyas llagas hechas por nosotros no estaban aun cicatrizadas? Los franceses no se reconocían ya en medio de una patria que no limitaba ninguna frontera natural. ¿Quién, pues, defenderá la verdadera Francia abandonada? — Mi fama, replica el emperador. — Medea había suministrado esta respuesta. Napoleón hacía descender á sí la tragedia.

Alimentaba el designio de organizar el imperio en cohortes; su memoria era una confusión de tiempos y de recuerdos. A la objeción de los diversos partidos existentes aun en el imperio, respondía: —«Los realistas temen más que desear mi pérdida; lo que más útil y difícil he hecho ha sido detener el torrente revolucionario, que todo se lo hubiera tragado. ¿Temeis la guerra por mis días? Matarme es imposible; ¿he cumplido, acaso, las voluntades del destino? Yo me siento empujado hácia un objeto que no conozco, y cuando lo haya alcanzado, un átomo bastará para destruirme.» También era esto una copia: los vándalos en Africa y Alarico en Italia, decían no ceder sino á un impulso sobrenatural: *divino jussu perungeri*.

La absurda y vergonzosa querrela con el papa, aumentando los peligros de la posición de Bonaparte, el cardenal Fesch le conjuraba á no atraerse á un tiempo la enemistad del cielo y de la tierra: Napoleón tomó á su tío de la mano, lo llevó á una ventana (era de noche), y le dijo: —«¿Veis esa estrella? — No, señor. — Mirad bien. — Señor, no la veo. — ¡Pues bien, yo sí la veo!»

—«Vos también, decía Bonaparte á Mr. de Caulaincourt, os habeis hecho ruso.»

«Muchas veces, asegura Mr. de Segur, se le veía recostado en un sofá, sumergido en una meditación profunda; luego salía de ella de pronto como en sobresalto, convulsamente, y con exclamaciones, y creyendo oírse nombrar, exclamaba: —«¿Quién me llama!» Cuando el Acuchillado tocaba á su catástrofe, subió sobre el terrado del castillo de Blois, llamado *Perche aux Bretons*: bajo un cielo de otoño, en una campiña desierta, extendiéndose á lo lejos, se le vió pasearse á grandes pasos, con movimientos furiosos. En sus vacilaciones saludables dice Bonaparte: —«Nada está bastante preparado en rededor mio para una guerra tan lejana; es preciso retardarla tres años.» Y ofrecía declarar al Czar que no contribuiría ni de-

recta ni indirectamente al restablecimiento de un reino de Polonia: la antigua y la nueva Francia han abandonado igualmente á este fiel y desgraciado país.

Entre todas las faltas políticas cometidas por Bonaparte, este abandono es una de las más graves. Después de esta falta ha declarado que si no había procedido á un restablecimiento tan francamente indicado, era porque había temido disgustar á su suegro. Bonaparte era hombre que se detenía mucho por consideraciones de familia! La excusa es tan débil, que parece no darla sino para maldecir su matrimonio con María Luisa. Lejos de pensar sobre este matrimonio de la misma manera, el emperador de Rusia había exclamado: —«¿Héme aquí relegado al fondo de mis bosques!» Bonaparte fue simplemente obcecado por la antipatía que tenía á la libertad de los pueblos.

Cuando la primera invasión del ejército francés, el príncipe Poniatowski había organizado tropas polacas, y se habían reunido cuerpos políticos. La Francia mantuvo dos embajadores sucesivos en Varsovia: el arzobispo de Malines y Mr. Bignon. Franceses del Norte, los polacos, valientes y ligeros como nosotros, hablaban nuestra lengua, nos amaban como hermanos, y se hacían matar por nosotros con una fidelidad que respiraba su aversión á la Rusia. La Francia los había perdido en otro tiempo, y le correspondía devolverle la vida; ¿no se debía nada á este pueblo salvador de la cristiandad? Yo lo he dicho á Alejandro en Verona. —«Si V. M. no restablece la Polonia, se verá obligado á exterminarla.» Suponer que este reino está condenado á la opresión por su posición geográfica, es conceder demasiado á las colinas y á los ríos; veinte pueblos rodeados de su solo valor han guardado su independencia, y la Italia, parapetada en los Alpes, ha caído bajo el yugo de quien ha querido libertarla. Mas justo sería reconocer otra fatalidad; á saber: que los pueblos belicosos, habitantes de las llanuras, están condenados á la conquista; de las llanuras han salido los diversos invasores de Europa.

Lejos de favorecer á la Polonia, se quiso que sus soldados tomaran la escarapela nacional: pobre como era, la cargaban con mantener un ejército francés de ochenta mil hombres; el gran ducado de Varsovia estaba prometido al rey de Sajonia. Si la Polonia hubiera sido reformada en reino, la raza eslava, desde el Báltico hasta el mar Negro, habría adquirido su independencia. Aun en el abandono en que Napoleón dejaba á los polacos, sirviéndose al mismo tiempo de ellos, pedían que se les pusiera en la vanguardia, y creían poder entrar sin nosotros en Moscú; ¡proposición inoportuna! El poeta arnado, Bonaparte había reaparecido, y quería subir al Kremlin para cantar y firmar allí un decreto sobre los teatros.

A pesar de cuanto se publique hoy en alabanza de Bonaparte, de ese gran demócrata, hay que advertir que su odio hácia los gobiernos constitucionales era invencible, y no le abandonó ni aun después de haber entrado en los desiertos amenazadores de la Rusia. El senador Wibicki le llevó á Wilna las resoluciones de la dieta de Varsovia, y le decía en su sacrilega exageración: —«A vos, que dictáis al siglo su historia, y en quien reside la fuerza de la Providencia; á vos corresponde apoyar esfuerzos que debeis aprobar.» El senador Wibicki venía á pedir á Napoleón el Grande que pronunciase estas únicas palabras: —«Que el reino de Polonia exista,» y el reino de Polonia existirá. «Los polacos se pusieron á las órdenes del jefe ante quien los siglos no son más que un momento y el espacio un punto.»

Napoleón respondió:

—«Caballeros, diputados de la Confederación de Polonia: he oído con interés lo que acabais de decirme. Polacos: pensaré y obraré como vosotros, y como vosotros tendré voto en la asamblea de Varsovia.»



El amor á su país es el primer deber del hombre civilizado.

«En mi situación tengo muchos intereses que conciliar y muchos deberes que llenar. Si yo hubiera reinado durante la primera, la segunda ó la tercera partición de la Polonia, habria armado mis pueblos para defenderla.

«¡Yo amo á vuestra nacion! Durante diez y seis años he visto á vuestros soldados junto á mí en los campos de Italia y en los de España. Aplaudí lo que habéis hecho; autorizo los esfuerzos que queréis hacer, y haré cuanto dependa de mí para secundar vuestras resoluciones.

«Esto mismo os he dicho desde mi primera entrada en Polonia. Solo añadiré: que he garantido al emperador de Austria la integridad de sus dominios, y que no puedo sancionar ninguna maniobra, ningún movimiento que tienda á turbar la pacífica posesión de lo que resta de las provincias de la Polonia.

«Yo recompensaré ese patriotismo de vuestras comarcas, que os hace tan interesantes y os adquiere tantos títulos á mi aprecio y protección, por todo lo que pueda depender de mí en estas circunstancias.»

Así ha sido crucificada y abandonada la Polonia; han insultado cobardemente su pasión, y le han presentado la esponja empapada en vinagre cuando sobre la cruz de la libertad dijo: «Tengo sed, sitio.— Cuando la libertad, exclama Mickiewicz, se siente sobre el trono del mundo, juzgará á las naciones, y dirá á la Francia: «Te he llamado, y no me has escuchado; ve, pues, á la esclavitud.»

«Tantos sacrificios, tantos trabajos, dice el abate Lamennais, ¿deben ser estériles? Los santos mártires, ¿no habrán sembrado en los campos de su patria sino una servidumbre eterna? ¿Qué oís en esos bosques? El murmullo triste de los vientos. ¿Qué oís pasar sobre esas llanuras? El pájaro viajero, que busca lugar donde reparar sus fuerzas.»

REUNION EN DRESDE.—BONAPARTE PASA REVISTA A SU EJERCITO.—LLEGA A ORILLAS DEL NIEMEN.

El 9 de mayo de 1812 salió Napoleon para el ejército, y se trasladó á Dresde. Allí fue donde reunió los resortes esparcidos de la Confederación del Rhin, y donde, por la primera y última vez, puso en movimiento esta máquina, que él habia fabricado.

Entre las obras maestras desterradas que echan de menos el sol de la Italia, tiene lugar una reunion del emperador Napoleon y de la emperatriz María Luisa, del emperador y de la emperatriz de Austria, y de una multitud de soberanos grandes y pequeños. Estos soberanos aspiran á formar de sus diversas córtes los círculos subordinados de la córte primera, y se disputan el vasallaje; uno quiere ser el escanciador del teniente de Brienne, otro su panadero. La historia de Carlomagno se pone á contribucion por la erudicion de las cancillerías alemanas.—«Una dama de Montmorency, dice Napoleon, se habia bajado precipitadamente para atar las cintas de los zapatos de la emperatriz.

Cuando Napoleon atravesaba el palacio de Dresde para pasar á un gabinete preparado, iba el primero delante y con el sombrero puesto; Francisco II seguía con el sombrero en la mano, acompañando á su hija la emperatriz María Luisa; la turba de príncipes marchaba confundida detrás en un respetuoso silencio. La emperatriz de Austria faltaba en la comitiva, pues se decia enferma, y no salía de su aposento sino en silla de manos para evitar dar el brazo á Napoleon, á quien detestaba. Lo que restaba de sentimientos nobles se habia retirado al corazón de las mujeres.

Un solo rey, el de Prusia, se mantuvo al principio apartado.—«¿Qué me quiere ese príncipe! exclamaba Bonaparte con impaciencia. ¿No es bastante la im-

portunidad de sus cartas? ¿Por qué quiere perseguirme aun con su presencia! Yo no tengo necesidad de él.» Duras palabras contra la desgracia, pronunciadas la víspera del infortunio.

El gran crimen de Federico Guillermo cerca del republicano Bonaparte era haber abandonado la causa de los reyes.—«Las negociaciones de la córte de Berlín con el directorio, decia Bonaparte, fundaban en este principio una política tímida, interesada, sin nobleza, que sacrificaba su dignidad y la causa general de los tronos á pequeños engrandecimientos.» Cuando miraba sobre un mapa la nueva Prusia, exclamaba: «¡Es posible que yo haya dejado á este hombre tanto país!» De los tres comisarios de los aliados que le condujeron á Frejus, el prusiano fue el único á quien Bonaparte recibió mal, y con el cual no quiso tener relacion alguna. Hase buscado la causa secreta de esta aversion del emperador hácia Guillermo, y se ha creído encontrarla en tal ó cual circunstancia particular: al hablar de la muerte del duque de Enghien, creo haber tocado mas de cerca la verdad.

Bonaparte esperó en Dresde los progresos de las columnas de sus ejércitos: en esta misma ciudad, dirigiéndose Malborough á saludar á Carlos XII, distinguió sobre un mapa un camino que concluía en Moscú, y adivinó que el monarca tomaría este camino y no se mezclaría en la guerra del Occidente. Sin proclamar en voz alta su proyecto de invasion, Bonaparte no podía, sin embargo, ocultarlo. Con los diplomáticos hacia valer tres agravios: el ukase de 31 de diciembre de 1810, prohibiendo ciertas importaciones en Rusia, y destruyendo por esta prohibicion el sistema continental; la protesta de Alejandro contra la reunion del ducado de Oldembourg, y los armamentos de la Rusia. Si no se estuviera acostumbrado al abuso de las palabras, sorprenderia ver dar por causa legítima de guerra los reglamentos de aduanas de un Estado independiente y la violacion de un sistema que este Estado no ha adoptado. En cuanto á la reunion del ducado de Oldembourg y á los armamentos de la Rusia, ya hemos visto que el duque de Vienne habia osado representar á Napoleon la insuficiencia de estos cargos. La justicia es tan sagrada, y parece tan necesaria al éxito de los negocios, que los mismos que la atropellan pretenden no obrar sino segun sus principios. Sin embargo, el general Lauriston fue enviado á San Petersburgo, y el conde de Narbona al cuartel general de Alejandro, mensajeros de palabras sospechosas de paz y de bien querer. El abate de Pradt habia sido enviado á la dieta polaca, y volvió apellidando á su amo *Júpiter-Scapin*. El conde de Narbona refirió que Alejandro, sin abatimiento y sin jactancia, prefería la guerra á una paz vergonzosa. El Czar profesaba siempre á Napoleon un entusiasmo cándido; pero decia que la causa de los rusos era justa, y que su ambicioso amigo no tenia razon. Esta verdad, expresada en los boletines moscovitas, tomó el carácter del genio nacional, y Bonaparte fue considerado como el *Ante-Cristo*.

Napoleon salió de Dresde el 22 de mayo, pasó á Posen y á Thorn, y allí vió saquear á los polacos por sus otros aliados. Luego bajó el Vistula, y se detuvo en Dantzick, Königsberg y Gumbinnen.

Prosiguiendo su camino, pasó revista á sus diferentes tropas: á los soldados viejos les habló de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y con los jóvenes se ocupó de sus necesidades, de sus equipos, de su sueldo y de sus capitales: en este momento representaba á la bondad.

INVASION DE LA RUSIA.—WILNA.—EL SENADOR POLACO WIBICKI.—EL PARLAMENTARIO RUSO BALASCHEFF.—SMOLENSK.—MURAT.—EL HIJO DE PLATOFF.

Cuando Bonaparte atravesó el Niemen, ochenta y

cinco millones quinientas mil almas reconocian su dominacion ó la de su familia: la mitad de la poblacion de la cristiandad le obedecia; sus órdenes eran ejecutadas en un espacio que comprendía diez y nueve grados de latitud y treinta de longitud, y jamás se habia visto, ni se verá una expedicion mas gigantesca.

El 22 de junio proclama Napoleon la guerra en su cuartel general de Wilkowskí:—«Soldados: comienza la segunda guerra de Polonia; la primera terminó en Tilsit: la Rusia es arrastrada por la fatalidad, y deben cumplirse sus destinos.»

Moscú responde á esta voz, joven aun, por la boca de su metropolitano de edad de ciento diez años:—«La ciudad de Moscú recibe á Alejandro, su Cristo, como una madre en sus brazos á su hijo querido, y canta ¡Hosanna!... ¡Bendito sea el que llega!» Bonaparte se dirigia al destino; Alejandro á la Providencia.

En la noche del 23 de junio reconoció Bonaparte el Niemen, y ordenó echar sobre él tres puentes. A

la caída del siguiente dia algunos zapadores pasan el rio en una lancha, y no encuentran á nadie en la otra orilla. Un oficial de cosacos, comandante de una patrulla, se acerca á ellos, y les pregunta quienes son:—«Franceses.»—¿Por qué venis á Rusia?—Para haceros la guerra.» El cosaco desaparece en el bosque; tres zapadores tiran sobre él, y no les responden: silencio universal.

Bonaparte habia permanecido todo un dia acostado, sin fuerzas y sin reposo, conociendo que alguna cosa se retiraba de él. Las columnas de nuestros ejércitos avanzaron atravesando los bosques de Pilwisky á favor de la oscuridad, como los hunos conducidos por una cierva en los Palus-Meotides. No se veía el Niemen, y para reconocerlo era preciso tocar sus orillas.

En medio del dia, en vez de batallones moscovitas ó de poblaciones lituanias saliendo al encuentro de sus libertadores, no se vieron mas que sables desnudos y bosques desiertos. «A trescientos pasos del rio, y en la altura mas elevada, se distinguía la tienda de



JOSEFINA.

MARIA LUISA.

emperador. Enredador de ella, todas las colinas, sus pendientes, sus valles, estaban cubiertos de hombres y de caballos.» (Segur.)

El conjunto de fuerzas obedientes á Napoleon subia á seiscientos ochenta mil trescientos infantes, y ciento setenta y seis mil ochocientos cincuenta caballos. En la guerra de sucesion, Luis XIV tenia sobre las armas seiscientos mil hombres, todos franceses. La infantería activa, á las órdenes inmediatas de Bonaparte, estaba dividida en diez cuerpos. Estos cuerpos se componian de veinte mil italianos, de ochenta mil hombres de la Confederacion del Rhin, de treinta mil austriacos, veinte mil prusianos y doscientos setenta mil franceses.

El ejército atravesó el Niemen; el mismo Bonaparte pasa el puente fatal, y pone el pie sobre la tierra rusa. Detiénese, y ve desfilar á sus soldados, y luego huye de su vista y escapa á la ventura por los bosques como llamado á consejo por los espíritus entre los matorrales. Vuelve, y escucha; el ejército escuchaba también, y se cree oír retumbar el cañon lejano: estaban llenos de alegría, pero aquello no era mas que

una tormenta, de la cual se guareció Bonaparte en un convento abandonado: doble asilo de paz.

Se ha contado que el caballo de Napoleon se cayó, y que á él se le oyó murmurar:—«Este es un mal presagio; un romano retrocederia.» Otro tanto dijeron Scipion, Guillermo el Bastardo, Eduardo III y Mallesherbes al salir para el tribunal revolucionario.

Tres dias se emplearon en el paso de las tropas, que avanzaban en seguida precedidas por Bonaparte, á quien el tiempo gritaba: «¡Marcha, marcha!» como diría Bossuet.

En Wilna recibió Bonaparte al senador Wibicki de la dieta de Varsovia: un parlamentario ruso, Balascheff, se presenta á su vez, y declara que aun se podía tratar; que Alejandro no era el agresor; que los franceses se encontraban en Rusia sin ninguna declaracion de guerra. Napoleon responde que Alejandro no es mas que un general de parada, que no tiene mas que tres generales; Kutusoff, del cual no se cuida Bonaparte porque es ruso; Benigsen, ya demasiado viejo hace seis años, y ahora niño, y Barday, general de retirada. Habiéndose creído insultado el dú-



que de Vence por Bonaparte en su conversacion, le interrumpió con voz irritada: — «Yo soy buen francés, y lo he probado y lo probaré todavía repitiendo que esta guerra es impolítica, peligrosa, y que perderá al ejército, á la Francia y al emperador.»

Bonaparte habia dicho al enviado ruso: — «¿Creeis que yo me cuido de vuestros jacobinos polacos?» Mad. de Stael refiere este último propósito: sus altas relaciones la tenían bien informada, y afirma que existía una carta escrita á Mad. de Romanzoff por un ministro de Bonaparte, el cual proponía rayar de las actas europeas los nombres de Polonia y de polacos: prueba superabundante del disgusto de Napoleon por lo tocante á estos bravos suplicantes.

Bonaparte se informó de Balascheff del número de iglesias de Moscow, y en vista de la respuesta, exclamó: — «¿Cómo tantas iglesias en una época en que ya nadie es cristiano?» Perdon, señor, replicó el moscovita; los rusos y los españoles lo son todavía.»

Despedido Balascheff con proposiciones inadmisibles, desapareció la última esperanza. Los boletines decían: — «¡Hé aquí ya este imperio de Rusia, tan temible de lejos! Es un desierto, y necesita mas tiempo Alejandro para reunir sus reclutas que Napoleon para llegar á Moscow.»

Cuando Bonaparte llegó á Wilepsk, tuvo un momento la idea de detenerse allí. Volviendo á su cuartel general, despues de haber visto á Barclay retirarse otra vez, tiró su espada sobre unos mapas, y exclamó: — «¡Aquí me paro! Ha terminado mi campaña de 1812, y la de 1813 hará lo restante.» ¡Feliz él si se hubiera atendido á esta resolución, que todos sus generales le aconsejaban! Contaba con recibir nuevas proposiciones de paz, y se enfadó no viéndolas llegar. Solo distaba veinte jornadas de Moscow, y repetía: — «¡Moscou, la ciudad santa!» Su mirada era terrible, su aire feroz, y al momento dió la orden de marchar. Hácenle observaciones que desdena, é interrogado Daru, le responde: — «Que él no concibe ni el objeto ni la necesidad de semejante guerra.» El emperador replica: — «¿Me toman por un insensato? ¿Se piensa que hago la guerra por gusto? ¿No le habian oído decir á él, emperador, «que la guerra de España y la de Rusia eran dos úlceras que roían la Francia?» Mas para hacer la paz se necesitaban dos, y no se recibía una sola carta de Alejandro.

Y estas úlceras ¿de quién venían? Estas inconsecuencias pasan desapercibidas, y aun en caso necesario se cambian en pruebas de la cándida sinceridad de Napoleon.

Bonaparte se creía degradado si se paraba en una falta cometida por él. Sus soldados se quejaban de no verlo ya sino en los momentos de combate, siempre para hacerlos morir, jamás para hacerlos vivir; pero él permanecía sordo á estos clamores. La noticia de la paz entre los rusos y los turcos le llama la atención; pero no le detiene, y se precipita hácia Smolensk. Las proclamas de los rusos decían: — «Viene (Napoleon) con la traición en el pecho y la lealtad en los labios; viene á encadenarnos con sus legiones de esclavos. Llevemos la cruz en nuestros corazones y el hierro en nuestras manos; arranquemos los dientes á ese leon, y derribemos el tirano que derriba la tierra.»

En las alturas de Smolensk encuentra Napoleon el ejército ruso, compuesto de ciento veinte mil hombres: — «¡Ya los tengo!» exclama. El 17 al amanecer persigue Belliard á un destacamento de cosacos, y lo arroja en el Dnieper; descorrida la cortina, se ve el ejército enemigo en el camino de Moscow, que se iba retirando. El sueño de Napoleon huye otra vez, y Murat, que habia contribuido demasiado á la vana persecucion, desesperado como estaba, quería morir y rehusaba abandonar una de nuestras baterías, envuelta en el fuego de la ciudadela de Smolensk, aun no evacuada: — «Retiraos todos, dejadme solo aquí!»

exclamaba. Un ataque horrible tenia lugar contra esta ciudadela: formado sobre unas alturas que se elevan en anfiteatro, nuestro ejército contemplaba el combate, y cuando vió á los sitiadores lanzarse atravesando el fuego y la metralla, batió palmas como lo habia hecho al aspecto de las ruinas de Tebas.

Por la noche atrae las miradas un incendio. Un sargento de Davoust escala los muros, y llega á la ciudadela en medio del humo. El sonido de algunas voces lejanas llega á su oído; amarilla una pistola, se dirige hácia este punto, y con gran sorpresa suya cae en una patrulla de amigos. Los rusos habian abandonado la ciudad, y los polacos de Poniatowski la habian ocupado.

Murat, excitaba el entusiasmo de los cosacos por su traje extraordinario y por el carácter de su valor, que se parecia al suyo. Un día que daba contra ellos una carga furiosa, se irrita, les riñe, y les manda: los cosacos no comprenden; pero adivinan, vuelven bridas, y obedecen la orden del general enemigo.

Cuando vimos en Paris al hetman Platoff, ignorábamos sus aflicciones paternas: en 1812 tenia un hijo bello como el Oriente, y este hijo montaba un soberbio caballo blanco de Ucrania: el guerrero de diez y siete años combatia con la intrepidez de la edad que florece y espera: un hulano polaco le mató. Tendido sobre una piel de oso, los cosacos llegaron respetuosamente á besar su mano, pronunciando oraciones fúnebres; le entierran en una bóveda, cubierta de pinos, y en seguida, llevando de la brida sus caballos, desfilan alrededor de la tumba con las puntas de las lanzas hácia tierra. Creíanse ver los funerales descritos por el historiador de los godos, ó las cohortes pretorianas destruyendo sus haces ante las cenizas de Germánico, *versi fasces*. «El viento hace caer los copos de nieve que la primavera del Norte lleva en sus cabellos.» (Edda de Soemund.)

RETIRADA DE LOS RUSOS.—EL BORYSTENES.—OBSCURACION DE BONAPARTE.—KUTZOFF SUCEDÉ A BARCLAY EN EL MANDO DEL EJÉRCITO RUSO.—BATALLA DE LA MOSCOWA Ó DE BORODINO.—BOLETIN.—ASPECTO DEL CAMPO DE BATALLA.

Bonaparte escribió desde Smolensk á Francia que era dueño de las Salinas rusas, y que su ministro del tesoro podia contar con ochenta millones mas.

La Rusia huía hácia el polo, y los señores, desertando de sus casas de madera, se marchaban con sus familias, sus siervos y sus rebaños. El Dnieper, ó el antiguo *Borystenes*, cuyas aguas habian sido declaradas santas en otro tiempo por Wladimiro, estaba ya atravesado: este rio habia enviado á los pueblos civilizados invasiones de bárbaros, y ahora sufría las invasiones de los pueblos civilizados. Salvaje, disfrazado con un nombre griego, ya no recordaba ni las primeras invasiones de los eslavos, y continuaba corriendo desconocido entre sus bosques, llevando en sus barcas, en vez de los niños de Odin, chales y perfumes y á las mujeres de San Petersburgo y de Varsovia. Su historia para el mundo no comienza sino en el Oriente de las montañas, donde están los altares de Alejandro.

Desde Smolensk se podia igualmente conducir un ejército á San Petersburgo ó á Moscow. Smolensk hubiera debido advertir al vencedor que se detuviera, y aun tuvo ganas de ello por un momento. — «Desalentado el emperador, dice Mr. Fain, habló del proyecto de detenerse en Smolensk.» En los hospitales comenzaba ya á carecerse de todo, y el general Gourgaud cuenta que el general Lariboissiere se vió obligado á entregar la estopa de sus cañones para vendar á los heridos. Pero Bonaparte era arrastrado, y se deleitaba en contemplar en los dos extremos de la

Europa las dos auroras que alumbraban á sus ejércitos en las llanuras ardientes y en las llanuras heladas.

Rolando corria tras de Angélica en su círculo estrecho de caballería: los conquistadores de la primera raza fueron en pos de una divinidad mas elevada: nada de descanso para ellos hasta que hayan estrechado en sus brazos esa soberana coronada de torres, esposa del tiempo, hija del cielo y madre de los dioses. Poseido de su propia existencia, Bonaparte lo habia reducido todo á su persona: Napoleon se habia apoderado de Napoleon, y ya no habia mas que él en sí mismo. Hasta entonces no habia explorado mas que lugares célebres; ahora recorria un camino sin nombre, en cuya extension apenas habia bosquejado Pedro las ciudades futuras de un imperio que no contaba un siglo. Si los ejemplos instruyesen, Bonaparte hubiera debido inquietarse al recuerdo de Carlos XII, que atravesó á Smolensk en busca de Moscow. En Kolodrina hubo un combate mortífero, y como enteraron apresuradamente los cadáveres de los franceses, Napoleon no pudo juzgar de la grandeza de su pérdida. En Dorogobouj se encontró un ruso con una barba brillante de blancura que le caía sobre el pecho: demasiado viejo para seguir á su familia, se habia quedado solo en su hogar: habia visto los prodigios del fin del reinado de Pedro el Grande, y ahora presenciaba en silenciosa cólera la devastacion de su país.

Una serie de batallas presentadas y rehusadas llevaron á los franceses al campo de la Moskowa. En cada vivac iba el emperador discutiendo con sus generales y oyendo sus consejos, mientras que él estaba sentado sobre pedazos de pino, ó se entretenía con alguna bala rusa que hacia rodar con el pié.

Barclay, pastor de Livonia, y despues general, era el autor de ese sistema de retirada que dejaba tiempo para que llegase el otoño: una intriga de corte le derribó. El viejo Kutuzoff, batido en Austerlitz porque no habia seguido su opinion, la cual era rehusar el combate hasta la llegada del príncipe Carlos, reemplazó á Barclay. Los rusos veían en Kutuzoff un general de su nacion, el discípulo de Suwaroff, el vencedor del gran visir en 1811, y el autor de la paz con la Puerta, entonces tan necesaria á la Rusia. Estando en esto, se presenta un oficial moscovita en las avanzadas de Davoust, que solo venia encargado de proposiciones vagas, pues su principal mision parecia mirar y examinar: todo se lo enseñaron.

Llegado á las alturas de Borodino, Bonaparte ve, en fin, el ejército ruso detenido y formidablemente atrincherado, compuesto de ciento veinte mil hombres y seiscientas piezas de artillería: igual fuerza tenían los franceses. Examinada la izquierda de los rusos, propuso el mariscal Davoust á Napoleon envolver al enemigo: — «Eso me haria perder demasiado tiempo,» responde el emperador. Davoust insiste, y se compromete á tener concluida su maniobra antes de las seis de la mañana. Napoleon le interrumpe bruscamente, y le dice: — «¡Ah; siempre estais por envolver al enemigo!»

Habiase notado un gran movimiento en el campo moscovita; las tropas estaban sobre las armas, y Kutuzoff rodeado de los archimandritas: precedido de los emblemas de la religion y de una sacra imagen salvada de las ruinas de Smolensk, habla á los soldados del cielo y de la patria, llamando á Napoleon el déspota universal.

En medio de estos cánticos de guerra, de estos coros de triunfo, mezclados con gritos de dolor, se oye tambien en el campo francés una voz cristiana que se distingue de todas las otras; es el himno santo que sube solo á las bóvedas del templo. El soldado, cuya voz tranquila, y sin embargo conmovida, resuena la última, es el ayudante de campo del mariscal que

mandaba la caballería de la guardia. Este ayudante se ha mezclado en todos los combates de la campaña de Rusia, y habla de Napoleon como de uno de sus mas grandes admiradores; pero le reconoce debilitados, pone en su lugar relaciones falsas, y declara que las faltas cometidas provinieron del orgullo del gefe y del olvido de Dios en los capitanes. «En el campo ruso, dice el teniente coronel Bandus, se ofrecen sacrificios á los dioses la víspera de un día, que debe ser el último para tantos valientes.»

«El espectáculo ofrecido á mis ojos por la piedad del enemigo, como las burlas de que fue objeto por un gran número de oficiales de nuestras filas, me recordó que el mas grande de nuestros reyes, Carlomagno, se disponia tambien á comenzar la mas peligrosa de sus empresas por ceremonias religiosas... ¡Ah! Sin duda que entre esos cristianos extraviados se encontró un gran número cuya buena fe santificó las oraciones; porque si los rusos fueron vencidos en la Moskowa, nuestra entera destruccion, de la cual no pueden gloriarse de ningun modo, puesto que fue la obra manifiesta de la Providencia, vino á probar algunos meses mas tarde que su demanda habia sido muy favorablemente escuchada.»

Pero ¿dónde estaba el Czar? Este acababa de decir modestamente á Mad. de Stael, fugitiva, que *sentia no ser un gran general*. En este momento se presentaba en nuestros vivaques Mr. de Beausset, oficial de palacio, que, saliendo de los bosques tranquilos de Saint-Cloud y siguiendo las huellas horribles de nuestro ejército, llegaba la víspera de los funerales á la Moskowa: iba encargado del retrato del rey de Roma, que María Luisa enviaba al emperador. Mr. Fain y Mr. de Segur pintan los sentimientos que experimentó Bonaparte al verlo, y, segun el general Gourgaud, exclamó, despues de haber mirado el retrato: — «Guardadlo, que es demasiado pronto para que vea un campo de batalla.»

El día que precedió á la tormenta fue extremadamente tranquilo. «Esta especie de prudencia, dice Mr. de Bandus, que se ejercita en preparar tan crueles locuras, tiene algo de humillante para la razon humana cuando se piensa en ella á sangre fria y á la edad á que yo he llegado; porque en mi juventud encontraba todo esto muy hermoso.»

En la tarde del 6 dictó Bonaparte esta proclama, que no fue conocida de la mayor parte de los soldados sino despues de la victoria:

«Soldados: hé aquí la batalla que tanto habeis deseado. Ahora, la victoria depende de vosotros; ella nos es necesaria, y nos dará la abundancia y una vuelta pronta á nuestra patria. Conducios como en Austerlitz, en Friedland, en Witepsk y en Smolensk, y que la posteridad mas remota cite vuestra conducta en esta jornada; que se diga de vosotros: — «Estuvo en aquella gran batalla al pié de los muros de Moscow.»

Bonaparte pasó la noche en la ansiedad: unas veces creia que los enemigos se retiraban, otras temia la desnudez de sus soldados y el cansancio de sus oficiales. Sabia que en torno suyo se murmuraba: — «¿Con qué objeto nos han hecho andar ochocientas leguas, para no encontrar sino agua cenagosa, hambre, y vivaques sobre cenizas? Cada año se agrava mas la guerra, y nuevas conquistas fuerzan á ir en busca de nuevos enemigos. Pronto no le bastará la Europa, y necesitará el Asia.» Bonaparte, en efecto, no habia visto con indiferencia las corrientes de agua que se precipitan en el Volga. Detenido en Jaffa, en la entrada occidental del Asia, detenido en Moscow, en la puerta septentrional de esta parte del mundo, de donde se levantaron el hombre y el sol.

En medio de la noche hizo llamar Napoleon á uno de sus ayudantes de campo, quien al entrar lo encon-